

nes aquellos adoraban? No sé por qué no incluyó tambien en el número á Baco ó á Apolo, y aun al mismo Júpiter. Si se detuvo por las infamias que les atribuyen los poetas, ¿eran menores las de Hércules? Hé aquí de quiénes se compone el cielo, segun este jefe del segundo partido de la Reforma: hé aquí lo que ha dicho en una confesion de fe, que dedicó al rey mas grande de la cristiandad; y hé aquí lo que Bullinger, sucesor suyo, nos ha pintado ¹ como la obra maestra, y como el último canto de este cisne melodioso. ¿Y no nos admiraremos de que unos hombres como estos hayan podido considerarse como extraordinariamente enviados por Dios á fin de reformar su Iglesia?

XX.— Vana respuesta de los de Zurich en defensa de Zuinglio.

No le perdonó Lutero en este punto, y declaró redondamente: «Que desesperaba de su salvacion, porque no contento con proseguir combatiendo el Sacramento, se habia vuelto pagano, colocando en el rango de las almas bienaventuradas á paganos impíos, á hasta un Escipion epicúreo, y hasta un Numa instrumento del demonio, para establecer la idolatría entre los romanos. Porque ¿de qué nos sirven el Bautismo, los demás Sacramentos, la Escritura, y Jesucristo mismo, si los impíos, los idólatras y los epicúreos son santos y bienaventurados? ¿Y qué es esto sino enseñar que cada uno puede salvarse en su religion y en su creencia?»

Muy difícil era responderle. Ni tampoco le respondieron en Zurich sino con una mala recriminacion ², y acusándole á él tambien de haber contado entre los fieles á Nabucodonosor, á Naaman sirio, Abimelec, y otros muchos, que estando fuera de la alianza y de la raza de Abraham, no dejaron de salvarse, como dice Lutero, por una misericordia fortuita de Dios ³. Pero sin defender esta misericordia fortuita de Dios, que á la verdad es un poco rara; una cosa es haber dicho con Lutero, que pudo haber habido hombres que conociesen á Dios sin ser del número de los israelitas, y otra cosa es poner con Zuinglio en el número de las almas santas á los que adoraban á los dioses falsos: y si los Zuinglianos tuvieron razon en condenar los excesos y violencias de Lutero, mucha mas razon hay para condenar este desvarío de Zuinglio. Porque, al fin, no era este

¹ Praef. Bulling. ibid. — ² Parv. Conf. Luth. Hosp. p. 2, 187. — ³ Apol. Tigur. Hospin. p. 2, f. 198. — ⁴ Luth. Hom. in Gen. c. 4 et 20.

uno de aquellos rasgos que se les deslizan á los hombres en la eferescencia del discurso: escribia una profesion de fe, y queria dar una explicacion clara y exacta del Símbolo de los Apóstoles; obra de tal naturaleza, que exigia mas que todas una madura consideracion, una doctrina precisa, y un sentido muy reposado. En esta misma conformidad habia hablado ya de Séneca, como de un hombre muy santo, en cuyo corazon habia escrito Dios la fe con su propia mano, por haber dicho en una carta á Lucilo, que nada habia oculto para Dios ¹. Tenemos, pues, á todos los platónicos, peripatéticos y estóicos, en el número de los santos, y llenos de fe; porque san Pablo confiesa que conocieron lo invisible que hay en Dios por las obras visibles de su poder ²; y lo que dió motivo á san Pablo para condenarlos en la carta á los romanos, los ha justificado y santificado en la opinion de Zuinglio.

XXI.— Errores de Zuinglio sobre el pecado original.

Para enseñar semejantes extravagancias, es necesario no tener idea ninguna, ni de la justicia ó santidad cristiana, ni de la corrupcion de nuestra naturaleza. Tampoco conocia el pecado original. En esta confesion de fe, que dirigió á Francisco I, y en cuatro ó cinco tratados que compuso expresamente para probar contra los Anabaptistas el bautismo de los párvulos, y explicar el efecto del Bautismo en esta tierna edad, ni siquiera toca el punto de que se borra el pecado original, que es sin embargo, segun confiesan todos los Cristianos, el fruto principal del Bautismo. Lo mismo habia hecho en todas las demás obras suyas; y cuando se le argüia con la omision de un efecto tan considerable, dice que lo ha hecho de intento, porque en su opinion *ningun pecado se borra por el Bautismo* ³; y lleva tan adelante su temeridad, que niega claramente el pecado original, diciendo que «no es un pecado, sino una desgracia, un vicio, una enfermedad, y que no hay nada mas infundado, y mas distante de la Escritura, que decir que el pecado original es no solamente una enfermedad, sino tambien un crimen.» Consiguientemente á estos principios, asegura que los hombres nacen á la verdad inclinados al pecado por su amor propio, pero no pecadores, sino impropriamente, tomando la pena del pecado por el pecado mismo: y esta inclinacion al pecado, que no puede ser un pecado, cons-

¹ Oper. II p. Declar. de pecc. orig. — ² Rom. 1, 19. — ³ Declar. de pec. orig.

tituye, según él, todo el mal de nuestro origen. Es verdad que siguiendo su discurso reconoce que todos los hombres perecerían sin la gracia del Mediador, porque esta inclinación al pecado no dejaría de producir el pecado con el tiempo, si no fuese contenida, y en este sentido confiesa que todos los hombres son condenados por la fuerza del pecado original: fuerza que consiste, según acabamos de ver, no en hacer á los hombres verdaderamente pecadores en su origen, como lo han decidido todas las Iglesias contra Pelagio, sino en hacerlos solamente inclinados al pecado, por la debilidad de los sentidos y del amor propio, lo que no hubieran negado los Pelagianos, ni los mismos paganos.

No es menos extraña la decisión de Zuinglio sobre el remedio de este mal; porque dice que se quita indiferentemente en todos los hombres por la muerte de Jesucristo independientemente del Bautismo, de modo que al presente el pecado original no daña á nadie, ni aun á los hijos de los paganos; y aunque no se atreve á asegurar su salvación con la misma certeza que la de los Cristianos y sus hijos, sin embargo asegura que lo mismo ellos que todos, mientras son incapaces de la ley, están en el estado de la inocencia, alegando este pasaje de san Pablo: *Donde no hay ley, no hay prevaricación*¹. «Pues bien, prosigue este nuevo Doctor, los niños son débiles, no tienen experiencia, ignoran la ley, y están sin ley no menos que san Pablo, cuando decía: *Yo vivía en otro tiempo sin ley*². Así pues, del mismo modo que no hay ley, para ellos, tampoco hay transgresión de la ley ni de consiguiente condenación. San Pablo dice que *vivió en otro tiempo sin ley*: y no hay ninguna edad en que más esté el hombre sin ley, que la infancia. Por consiguiente, se debe decir con el mismo san Pablo, que *sin ley el pecado está muerto*³ en los párvulos.» Así disputaban los Pelagianos contra la Iglesia. Y bien que Zuinglio, como hemos dicho ya, habla aquí con más seguridad de los niños de los Cristianos que de los otros, no deja de hablar en efecto de todos los niños sin excepción.

XXII.—Error de Zuinglio sobre el Bautismo.

Á lo menos los Pelagianos confesaban que el Bautismo podía dar la gracia y perdonar los pecados á los adultos; pero Zuinglio, más temerario, repite sin cesar lo que ya hemos dicho, «que el Bautis-

¹ Rom. iv, 15. — ² Rom. vii, 9. — ³ Rom. vii, 8.

«no quita ningún pecado, y no da la gracia. La que perdona los pecados es la sangre de Jesucristo; luego no es el Bautismo.»

Puede verse en esto un ejemplo del celo mal entendido que ha tenido la Reforma por la gloria de Jesucristo. Es más claro que la luz del día, que el atribuir la remisión de los pecados al Bautismo, que es el medio establecido por Jesucristo para quitarlos, no es disminuir en nada la acción de Jesucristo, como no se disminuye la de un pintor, atribuyendo la belleza del colorido, y de los rasgos del cuadro que ha pintado, al pincel de que se ha servido. Pero la Reforma lleva sus vanos razonamientos hasta el exceso de creer que glorifica á Jesucristo, quitando la fuerza á los instrumentos que el Señor emplea. Y para continuar hasta lo último una ilusión tan grosera, cuando se le oponen á Zuinglio cien pasajes de la Escritura, en que se dice que el Bautismo nos salva, y que nos perdona todos nuestros pecados, cree satisfacer á todo respondiendo que en estos pasajes el Bautismo se toma por la sangre de Jesucristo, de la cual es un signo.

XXIII.—Zuinglio se acostumbra á violentar en toda la Escritura santa. El desprecio con que mira á la antigüedad es el origen de su error.

Estas explicaciones arbitrarias proporcionan el hallar en la Escritura todo lo que se quiere. No tenemos que admirarnos de que Zuinglio haya hallado en ella que la Eucaristía no es el cuerpo, sino el signo del cuerpo de Jesucristo, aunque el mismo Señor haya dicho: *Este es mi cuerpo*, pues que también halla en ella que el Bautismo no da de hecho la remisión de los pecados, sino que estando ya dada nos la figura, aunque la Escritura dice cien veces, no que nos la figura, sino que nos la da. Tampoco es de extrañar que el mismo autor, para destruir la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, haya eludido la fuerza de estas palabras, *Este es mi cuerpo*, pues que para destruir el pecado original, que se le resistía, supo eludir estas: *Todos han pecado en uno solo*; y estas otras: *Por uno solo muchos fueron constituidos pecadores*¹. Lo más singular es la confianza con que defiende sus nuevas interpretaciones contra el pecado original con un desprecio manifiesto de toda la antigüedad. «Hemos visto, dice, que los antiguos han enseñado una doctrina diferente acerca del pecado original: pero al leerlos se echa de ver fácilmente cuán oscuro es é intrincado, por no decir humano com-

¹ Rom. v, 12, 19.

«pletamente, mas bien que divino, todo cuanto dicen. Yo por mí, «ya hace mucho tiempo que no tengo vagar para consultarlos.» Compuso este tratado el año de 1526, y ya hacia muchos años que no tenía tiempo para consultarlos: sin embargo reformaba la Iglesia. ¿Y por qué no? dirán nuestros reformados. ¿Para qué necesitaba á los antiguos, teniendo la Escritura? Pero al contrario, Zuinglio nos presenta una prueba de la poca seguridad que hay en el exámen de las Escrituras, cuando se cree entenderlas sin haber recorrido la antigüedad. Con semejante modo de entender las Escrituras, ha visto en ellas Zuinglio que no hay pecado original, es decir, que no hay redencion, y que el escándalo de la cruz es inútil; llevando tan léjos este pensamiento, que ha colocado entre los Santos á los que en efecto, diga él lo que quiera, ninguna parte tenían con Jesucristo. Así es como se reforma la Iglesia, cuando se intenta reformarla sin tener en cuenta la creencia de los siglos pasados; y según este nuevo método, se vendrá con facilidad á parar en una reforma parecida á la de los Socinianos.

XXIV.—*Quién era OEcólampadio.*

Tales eran los jefes de la nueva Reforma, hombres de talento, á la verdad, y que no carecian de literatura, pero atrevidos, temerarios en sus decisiones, que se complacian en opiniones extraordinarias y singulares, y por esto creian elevarse, no solamente sobre los hombres de su siglo, sino tambien sobre la mas santa antigüedad. El suizo OEcólampadio, que era otro defensor del sentido figurado, era mas moderado, y al mismo tiempo mas sábio; y si Zuinglio con su vehemencia parecia que era de algun modo otro Lutero, OEcólampadio se parecia mas á Melancton, de quien era muy amigo. En una carta que escribió á Erasmo en su juventud¹, con mucho talento y mucha finura, se ven señales de una piedad tan afectuosa como ilustrada: puesto á los piés de un Crucifijo, ante el cual acostumbraba hacer oracion, escribió á Erasmo cosas tan tiernas sobre las dulzuras inefables de Jesucristo, renovadas vivamente en su memoria á la vista de esta piadosa imágen, que no puede uno menos de sorprenderse. Comenzaba entonces la Reforma que venia á turbar todas estas devociones, y á tratarlas de idolatría; porque el jóven OEcólampadio escribió esta carta el año de 1517. En los pri-

¹ Ep. Erasmi. lib. VII, ep. 42, 12.

meros años de aquellas turbulencias, y como lo observa Erasmo², en una edad ya bastante madura para no alegar ninguna sorpresa, se hizo religioso con mucho ánimo y reflexion. Tambien se conoce por las cartas de Erasmo que era muy aficionado al género de vida que habia elegido³, que se entregaba á la contemplacion tranquilamente, y que estaba muy apartado de las novedades que corrian. Con todo, ¡oh flaqueza humana, y peligroso contagio de la novedad! salió de su monasterio, predicó la nueva Reforma en Basilea, donde fue pastor; y cansado del celibato como los demás reformadores, se casó con una hermosa jóven de quien se habia enamorado. *Este es el modo que tienen de mortificarse*, decia Erasmo⁴, y no cesaba de admirarse de estos nuevos apóstoles, que abandonaban la profesion solemne del celibato para tomar mujeres, siendo así que los verdaderos Apóstoles de Nuestro Señor, según la tradicion de todos los Padres, á fin de no ocuparse sino de Dios y del Evangelio, dejaban sus mujeres para vivir como célibes. «Parece, decia⁵, que «la Reforma se reduce á desenfrailar algunos religiosos, y á casar— «se algunos sacerdotes; y esta gran tragedia se termina en fin con «un acontecimiento enteramente cómico, pues que todo se concluye «casándose, como en las comedias.» El mismo Erasmo lamenta tambien en otros lugares⁶, que desde que su amigo OEcólampadio dejó con la Iglesia y el convento su tierna devocion, para abrazar esta seca y desdeñosa Reforma, ya no le conocia; y que en vez de aquel candor que manifestaba cuando obraba por sí mismo, no hallaba mas que disimulo y artificio, despues que entró en los intereses y movimientos de un partido.

XXV.—*Progreso de la doctrina sacramentaria.*

Despues que se suscitó la querella sacramentaria del modo que acabamos de ver, esparció Carlostadio algunos escritos contra la presencia real; y aunque por confesion de todo el mundo estaban llenos de ignorancia⁶, el pueblo, arrastrado por la novedad, no dejaba de leerlos con gusto. Zuinglio y OEcólampadio escribieron en defensa de este *nuevo dogma*: el primero con mucha viveza y violencia; el segundo con mucha copia de doctrina, y una elocuencia

¹ Ep. Erasmi. lib. XIII, ep. 12, 13. — ² Lib. XIII, 27. — ³ Lib. XIX, ep. 41. — ⁴ Ibid. lib. XIX, 3. — ⁵ Lib. XVIII, ep. 23; XIX, 113; XXXI, 47, col. 2057, etc. — ⁶ Erasmo, lib. XIX, ep. 113; XXXI, 59, p. 2106.

tan dulce, «que era capaz de seducir, dice Erasmo¹, si hubiera sido posible, y Dios lo hubiera permitido, á los mismos elegidos.» Dios los ponía á esta prueba; pero sus promesas y su verdad sostenían la sencillez de la fe de la Iglesia contra los razonamientos humanos. Carlostadio, un poco despues, se reconcilió con Lutero, y le aplacó escribiéndole que lo que habia enseñado era mas bien por via de proposicion y de exámen, que una decision². No dejó de revolver en toda su vida, y los suizos, que volvieron á recibirle en su país, no pudieron conseguir que se sosegase aquel espíritu turbulento.

Su doctrina se difundia cada vez mas, pero con interpretaciones mas verosímiles de las palabras de Nuestro Señor, que las que habia dado antes. Zuinglio decia que el buen hombre habia conocido que habia algun sentido oculto en aquellas divinas palabras, pero que no acertaba á descubrir cuál era. Oecolampadio y él, con expresiones un poco diferentes, convenian en el fondo en que las palabras: *Este es mi cuerpo* eran figuradas: *es* quiere decir *significa*, decia Zuinglio, *cuerpo* queria decir el *signo del cuerpo*, decia Oecolampadio. Los de Estrasburgo adoptaron las mismas interpretaciones; y Bucero y Capiton, que los capitaneaban, se hicieron unos acérrimos defensores del sentido figurado. La Reforma se dividió; y los que abrazaron el nuevo partido se llamaron Sacramentarios. Tambien se los llamó Zuinglianos, porque Zuinglio fue el primero que apoyó á Carlostadio, ó porque su autoridad prevaleció en el ánimo de los pueblos, arrastrados por su vehemencia.

XXVI.—Zuinglio deseaba despojar á la Escritura de todo lo que se elevaba sobre los sentidos.

No hay que admirarse de que una opinion que tanto lisonjeaba á los sentidos humanos, tuviese tanta boga. Zuinglio decia positivamente, que no habia milagro ninguno en la Eucaristía, ni nada incomprendible; que el pan partido nos representaba el cuerpo inmolado del Señor, y el vino su sangre derramada; que Jesucristo, cuando instituyó estos signos sagrados, les habia dado el nombre de la cosa significada; que no era esto, sin embargo, un simple simulacro, ni signos enteramente desnudos; que la memoria y la fe del cuerpo inmolado de Cristo, y de su sangre derramada, confortaban nuestra alma; que entonces sellaba el Espíritu Santo en nues-

¹ Lib. XVIII, ep. 9. — ² Hospin. II part. ad an. 1525, f. 40.

tras almas la remision de los pecados, y que en esto consistia todo el misterio¹. La razon y los sentidos del hombre no tenian ya que violentarse en nada con esta explicacion. La Escritura era la que presentaba la dificultad; pero para eludirla, cuando los unos opinaban las palabras, *Este es mi cuerpo*, los otros respondian con estas otras: *Yo soy la viña*², *yo soy la puerta*³, *la piedra era Cristo*⁴. Es verdad que estos ejemplos no eran análogos al primero; porque Jesucristo no habia dicho: *Este es mi cuerpo, este es mi sangre*, proponiendo una parábola, ó explicando una alegoría. Estas palabras desmembradas de cualquier otro pensamiento encerraban en sí mismas todo su sentido. Se trataba de una institucion nueva, que debia hacerse en términos sencillos, y todavía no se habia hallado en la Escritura ningun pasaje, en que un signo de institucion recibiese el nombre de la cosa significada en el momento en que se la institua, y sin ninguna preparacion antecedente.

XXVII.—Del espíritu que se apareció á Zuinglio para suministrarle un pasaje en que el signo de institucion recibió desde luego el nombre de la cosa significada.

Este argumento atormentaba á Zuinglio, que noche y dia andaba discurrendo una solucion. Entre tanto no dejó de abolir la misa, á pesar de la oposicion de la autoridad civil de la ciudad, que disputaba fuertemente en favor de la doctrina católica y de la presencia real. Doce dias despues tuvo Zuinglio aquel sueño con que tanto le han zaherido á él y á sus discípulos, en el cual dice que imaginándose que estaba disputando con el síndico de la ciudad que le estrechaba vivamente⁵, vió aparecérsese de repente un fantasma blanco ó negro que le dijo estas palabras: *Descuidado, ¿por qué no respondes tú lo que está escrito en el Éxodo*⁶, «el Cordero es la Pascua,» por decir que el Cordero es el signo de la Pascua? Este es el famoso pasaje de la Escritura, tan repetido en los escritos de los Sacramentarios, en el cual creen haber hallado que se da al signo el nombre de la cosa, en la institucion del signo mismo; y este es el modo con que Zuinglio adquirió la noticia de este pasaje. Por lo demás, sus discípulos quieren que cuando él dice que no sabe si el que le hizo notar aquel lugar de la Escritura era blanco ó negro, quiso decir solamente que era un desconocido, y á la verdad las palabras

¹ Zuingl. Conf. Fid. ad Franc. Id. epist. ad Car. V, etc. — ² Joan. xv, 1. —

³ Ibid. x, 7. — ⁴ I Cor. x, 4. — ⁵ Hosp. 2 part. 25, 26. — ⁶ Exod. xii, 11.

latinas son susceptibles de esta explicacion. Empero, además de que ocultarse, sin darse á conocer de ningun modo, es un carácter de un mal espíritu, este visiblemente se engañaba. Porque las palabras, *el Cordero es la Pascua y el tránsito*, de ninguna manera significan que el Cordero sea la figura del tránsito. Es un hebraísmo comun en que se subentende la palabra *sacrificio*. Así, *pecado* solamente es el sacrificio por el pecado, y tránsito simplemente ó *Pascua* es el sacrificio del tránsito ó de la Pascua, como la misma Escritura lo explica un poco mas abajo, donde dice, no que el Cordero es el tránsito, sino expresamente *que es la víctima del tránsito*¹. Véase aquí con toda seguridad el sentido de la Escritura. Despues se alegaron otros dos textos que veremos á su tiempo: por ahora hemos copiado el primero. En este no habia nada, como hemos visto, que pudiese satisfacer á Zuinglio, ni que le mostrase que el signo recibe desde su institucion el nombre de la cosa que significa. No obstante, con esta nueva explicacion de su desconocido, despertó, leyó el pasaje del Éxodo, y fué á predicar lo que habia visto en sueños. Las cabezas estaban demasiado bien preparadas para creerle, y asi se acabaron de disipar las nubes que restaban todavia en los entendimientos.

XXVIII.— *Lutero escribe contra los Sacramentarios, y por qué trató á Zuinglio con mas dureza que á los otros.*

(1525). Sintió Lutero ver, no ya algunos particulares, sino iglesias enteras de la nueva Reforma, levantarse contra él; mas no por eso se mitigó en nada su fiereza, como se puede ver por estas palabras: «Yo tengo al Papa al frente, y á los Sacramentarios y «Anabaptistas á la espalda; pero yo marcharé solo contra todos «ellos; los desharé en el combate, y los conculcaré con los piés.» Y un poco despues: «Yo diré sin vanidad que de mil años acá ninguno ha expurgado tanto la Escritura, ni la ha explicado ni entendido tan bien como yo².» Escribia esto el año de 1525, un año despues que se suscitó la contienda. En el mismo año compuso su libro *contra los profetas celestes*, mofándose de Carlostadio, á quien acusaba de que aprobaba las visiones de los Anabaptistas. Este libro tiene dos partes. En la primera sostenia que habia sido mal hecho derribar las imágenes de Dios: que en la ley de Moisés solo se prohibia adorar las imágenes de Dios; que las imágenes de la Cruz y de los

¹ Exod. xii, 27. — ² Ad maled. Reg. Ang. t. II, 498.

Santos no estaban comprendidas en esta prohibicion; que bajo el Evangelio nadie estaba obligado á abolir por fuerza las imágenes, porque esto era contrario á la libertad evangélica, y que los que destruian de este modo las imágenes eran doctores de la Ley y no del Evangelio. Con esto nos justificaba á los Católicos de todas las acusaciones de idolatría que se nos hacen sin razon sobre este punto. En la segunda parte impugna á los Sacramentarios. Por lo demás, trata desde luego con bastante consideracion á OEcolampadio, pero se irrita terriblemente contra Zuinglio.

Habia escrito este Doctor¹, que desde el año de 1516, antes que fuese conocido el nombre de Lutero, habia predicado el Evangelio, es decir la Reforma en Suiza; y los suizos le atribuian la gloria de haber empezado á predicarla, que Lutero pretendia solo para sí. Picado este de lo que decia Zuinglio, escribió á los de Estrasburgo, que «se atrevia á gloriarse de haber predicado el primero á Jesucristo, pero que Zuinglio queria quitarle esta gloria².» «Y ¿cómo, proseguia, podrá uno callar mientras que estas gentes perturban nuestras iglesias, y atacan nuestra autoridad? Si no quieren que se debilite la suya, tampoco deben debilitar la nuestra.» Y por último declara «que ó ellos ó él son ministros de Satanás, y que «no hay medio.»

XXIX.— *Lo que dice un famoso luterano sobre los celos de Lutero contra Zuinglio.*

Un hábil luterano, y el mas célebre que ha escrito en nuestros dias, hace con este motivo la siguiente reflexion³: «Los que desprecian todas las cosas, y exponen no solamente sus bienes sino «tambien su vida, no pueden muchas veces hacerse superiores á la «gloria: tan agradable es y tan lisonjera, y tan grande es la miseria humana. Al contrario, cuanto mas elevado es el valor, mas se «desean las alabanzas, y mas pena nos causa que se atribuyan á «otros las que creemos haber merecido nosotros. De consiguiente, «no es extraño que un hombre de una alma tan grande como era «Lutero escribiese estas cosas á los de Estrasburgo.»

¹ Zuing. in expl. art. 18, Gesn. Bib., etc. V. Calixt. Judic. n. 53. — ² T. II, Jen. epist. p. 202. — ³ Calixt. Jud. n. 53.